

Josep Navarro Vives

Composiciones atmosféricas

Sealtiel Alatríste

Con la exposición *Composiciones atmosféricas* del pintor Josep Navarro Vives (1931), el Museo Universitario del Chopo cierra su ciclo anual de exposiciones 2011. La muestra, integrada por más de cincuenta piezas, corresponde a la producción reciente (los últimos tres lustros) del pintor nacido en Francia, quien fue siempre español, barcelonés por arraigo y convicción.

Creador y sobreviviente de diversas etapas y corrientes, Navarro Vives ha construido, desde su versatilidad y a lo largo de más de medio siglo de labor artística, un lenguaje plástico acorde con una singular visión de lo material; es decir, se ha propuesto la recomposición de la realidad a partir de los detalles que sus emociones terminan por reconstruir. En mi novela *Besos pintados de carmín*, traté de dar una imagen de las sensaciones que la obra de este artista despierta en mí, tomando un momento en que tres personajes se encuentran en su supuesta casa con tres cuadros recargados en una pared, y piensan que seguramente Navarro los acaba de pintar y quiere mostrarlos. El narrador comenta:

En cada una de las pinturas, envuelta en una sinfonía de grises, había una barca en medio de una playa desierta. El mar se adivinaba al fondo, oculto por una espesa niebla. Era imposible saber si alguien había desembarcado o estaba a punto de zarpar, si el sol iba a despuntar o acababa de ocultarse. Lo único patente era la desolación, la melancolía cromática. La barca era un pretexto para señalar que nada era seguro, que la incertidumbre era lo único cierto, lo único que interesaba al pintor, lo único en que el espectador habría de naufragar.

Las pinturas de Josep Navarro despiertan esos ecos, esas sensaciones en quien las ve; uno puede admirar la perfección estilística o no, pero es imposible abstraerse

al mundo emocional que despiertan sus colores abrumados, sus objetos envueltos siempre en sueño, y siendo además que su trabajo deriva de una introspección permanente, tanto sus principios estéticos como los trazos y vivencias —plasmados en cada pieza— son el objetivo de un cuestionamiento que tiene precisamente como eje la ubicación del lugar, el del artista y el espectador, en un mundo que no deja de moverse.

Prevalcen la duda y la necesidad de dialogar con el presente. “Si un hombre es un artista puede pintarlo todo”, refería Oscar Wilde con un dejo de asombro, ya que no sabemos nunca lo que un artista va a hacer, pues no es un asunto de especialización sin más, sino algo sencillo de explicar: disciplina y voluntad, o si se prefiere un lugar común, inspiración.

En el caso de Josep Navarro, el conjunto de su obra puede interpretarse como la búsqueda de un tiempo alterno, con dinamismo propio, donde el color determina las percepciones de ese otro ritmo que una sociedad cada vez más volátil y voraz es aún capaz de asimilar. Tal vez otra apreciación de Wilde tenga cabida bajo este horizonte: “El objeto del arte es pulsar la cuerda más divina y más secreta que produce música en nuestra alma; y el color es, en realidad, por sí mismo, una presencia mística sobre las cosas, y se asemeja a una especie de centinela”.

Esta presencia en el Museo Universitario del Chopo corresponde a una doble necesidad; por un lado, exponer ante el amplio público una muestra que refleja las inquietudes de este artista que gusta de la observación, de encontrar la belleza insólita de lo cotidiano; y por otro, comunicar ese estado personal ante la vida, producto de la madurez como artista y como hombre.

De naturaleza hábil para el dibujo, la restauración y el manejo de materiales, Josep Navarro pudo desde edad

temprana enriquecer sus técnicas. A medida que la formación cosmopolita le brindaba elementos para perfeccionar métodos, también la definición del estilo y la afinidad por ciertos temas y combinaciones (como los retratos, los paisajes, las naturalezas muertas, las barcas u otros objetos) acentuaban su originalidad. Destaca la célebre serie Puertas, sobre las que imprime su sello: tomar la realidad como punto de partida, según concluye el estudioso Víctor Nieto, para entonces transformarla como ideal y desafío.

Sin duda, uno de los hechos que marcaron su derrotero artístico fue el llegar a España justo en los años en que la crudeza de la Guerra Civil predominaba en el ambiente. Le esperaban los años de formación, difíciles pero definitorios, pues la vocación por el arte le permitiría realizar estancias en ciudades donde el ambiente cultural le fue propicio: las experiencias de París y Londres —hacia finales de la década de los cincuenta y principios de los sesenta— le posicionaron a la postre dentro del medio artístico europeo. Años más tarde las visitas a Estados Unidos y México matizarían su mirada a través de nuevas ópticas y panoramas, sin faltar colorido.

La obra plástica es el conducto mediante el cual plasma una actitud de honestidad consigo mismo. La complejidad de forma y pensamiento, de vida y pasión, le

llevarían del arte figurativo a la abstracción geométrica y viceversa, manteniendo una lectura poética sobre la composición, el color y la materia, elementos que constituyen lo esencial de sus experimentaciones y refrendos visuales, y hacen del historial pictórico el pleno reflejo de su existencia.

No es de extrañar que la pintura se transforme como las estaciones del año. Él recrea, idealiza, reta, ambienta, figura, colorea, plantea reflexión, pero también misterio y magia.

Los años recientes, posteriores a una pausa en la que convalecía por enfermedad, son el periodo en que redefine su trayecto: concede una tregua a las naturalezas muertas y los paisajes silenciosos para volver a dar rienda suelta a la imaginación, eso constata una vez más que la labor es hija del espíritu. Hay sosiego y sencillez, esencias y atmósferas que captan el hecho de que a la vuelta de la esquina probablemente hay otra forma de ver el mundo. Yo lo conocí en los años en que viví en Barcelona, nos hicimos amigos casi de inmediato pero no vi sus cuadros hasta unos meses después; desde entonces, esas atmósferas cautivadoras de sus ambientes vuelven repetidamente a mí y se han hecho elementos indispensables de las sensaciones que me evocan eso que llamamos “lo catalán”.



Josep Navarro Vives